



www.loqueleo.com/es

Prólogo y coordinación pedagógica: Nando López

Taller literario: María Jara

Edición crítica: Paloma Aparicio

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-177-7

Depósito legal: M-21.412-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CLÁSICOS

MIGUEL DE UNAMUNO

NIEBLA

(NIVOLA)

PRÓLOGO Y COORDINACIÓN PEDAGÓGICA
NANDO LÓPEZ

TALLER LITERARIO
MARÍA JARA

EDICIÓN CRÍTICA
PALOMA APARICIO

loqueleg

Más allá de la niebla

Un personaje, Augusto, que se rebela contra su creador.

Otro personaje, Víctor, que improvisa el contenido de una novela.

Una novela que ni siquiera se llama novela, sino *nivola*.

Y un perro, Orfeo, que escribe el epílogo de esa *nivola*.

Todo eso y mucho más es *Niebla*, una de las obras maestras de nuestra literatura y un ejemplo de cómo los clásicos nos plantean preguntas que resultan atemporales y, en este caso, profundamente perturbadoras. Una obra donde se aúna lo literario y lo filosófico, y en la que se cuestiona hasta qué punto somos dueños de nuestra propia vida. Augusto, el protagonista de esta historia, tiene muchas dudas sobre ello y se siente perdido en una continua niebla de la que solo el amor parece liberarlo:

«¡Hay que vivir para amar! Sí, ¡y hay que amar para vivir!».

Pero ni siquiera el amor es una opción fácil, pues las dos mujeres que encuentra en su vida, Eugenia y Rosario,

lo conducen por caminos muy distintos. Todo lo que rodea a nuestro protagonista lo sume en continuos interrogantes y le hace preguntarse si nuestra vida tiene algún tipo de razón que la guíe o si todo es producto del azar:

«Los vientos de la fortuna nos empujan y nuestros pasos son decisivos todos. ¿Nuestros? ¿Son nuestros esos pasos?».

Hasta que, en uno de los pasajes más sorprendentes de la narrativa española, Augusto decide rebelarse y visitar a su creador, el mismísimo Miguel de Unamuno, para pedirle explicaciones. En esas páginas, resulta imposible no verse reconocido en Augusto y en su necesidad de respuestas. A fin de cuentas, ¿quién no ha sentido alguna vez la necesidad de rebelarse contra todo lo que nos ata o nos presiona? ¿Cuántas veces nos habría gustado poder elegir otro camino y, sin embargo, no hemos podido hacerlo? Harto de todas esas ataduras, el protagonista decide enfrentarse a Unamuno, el escritor que lo inventó, y reclamarle su libertad. Por desgracia, su creador no está dispuesto a ceder ante sus deseos y le hace ver que, en realidad, él ni siquiera existe:

«—¿Cómo que no existo? —exclamó.

—No, no existes más que como ente de ficción; no eres, pobre Augusto, más que un producto de mi fantasía y de las de aquellos de mis lectores que lean el relato que de tus fingidas aventuras y malandanzas he escrito yo; tú no eres más que un personaje de

novela, o de *nivola*, o como quieras llamarle. Ya sabes, pues, tu secreto».

Ese secreto nos obliga a plantearnos también nuestra propia realidad y los límites de nuestras decisiones. Nos vemos reflejados en el errático deambular de Augusto, en sus interrogantes, en sus conversaciones con Víctor, su mejor amigo y autor de un nuevo género que él llama *nivola*. Todo cabe en la *nivola*, según afirma Víctor, lo filosófico y lo humorístico, lo cotidiano y lo trascendente, todo es materia *nivolesca*, pues lo importante no es contar una historia, sino dejar que los personajes hablen, piensen y sientan. Y, por otro lado, ¿cuál de nuestras vidas tiene un argumento redondo y perfecto? ¿No seremos todos, como el propio Augusto, protagonistas de nuestra propia *nivola*?

«Durante años he vagado como un fantasma, como un muñeco de niebla, sin creer en mi propia existencia, imaginándome ser un personaje fantástico que un oculto genio inventó para solazarse o desahogarse; pero ahora, después de lo que me ha hecho, después de lo que me han hecho, después de esta burla, de esta ferocidad de burla, ¡ahora sí!, ¡ahora me siento, ahora me palpo, ahora no dudo de mi existencia real!».

Augusto se sabe real cuando lo engañan y traicionan: el dolor le hace consciente de que, en medio de toda esa niebla que lo rodea, hay algo auténtico. Su niebla, sin embargo, no es única: todos los personajes buscan un

sentido a su vida que les permita salir de esa sensación de confusión y de vacío que impregna las páginas de esta historia. Una búsqueda ante la que han de optar por el conformismo –y asumir lo que venga– o por la rebeldía –e intentar cambiar las reglas de un juego del que, y eso es lo único que saben, ni siquiera tienen todas las piezas.

Unamuno nos plantea una historia de una modernidad radical y transgresora, una obra donde la realidad y la ficción se funden hasta que, como le sucede a su protagonista, nosotros tampoco somos ya capaces de distinguirlos. Una narración en la que su autor asume la influencia de algunos de los grandes clásicos de la literatura precedente, como el *Quijote*, *La vida es sueño* o *Hamlet*, y en la que se adelanta, a su vez, a relatos futuristas como los de *Blade Runner*, *Matrix*, *El show de Truman* o la serie *Westworld*, historias todas ellas en las que las creaciones se rebelan contra sus creadores.

Niebla es, en síntesis, una obra lúcida y polisémica que nos permite múltiples interpretaciones. Un texto en el que cada lector se convierte en un protagonista más, pues cuando leemos estas páginas pasamos a formar parte de la vida de Augusto, que se sabe observado por nosotros, como si fuera el participante involuntario de un *reality show* literario. Además, Unamuno pretende que tomemos partido en todas y cada una de las cuestiones que nos plantea a lo largo de su *nivola*: la libertad, la capacidad para decir, el amor, la creación literaria, la necesidad del arte...

Así que, cuando comiences a leer esta historia, olvídate de nuestros prejuicios sobre qué es realidad y qué es

ficción. Déjate guiar por las palabras de los personajes, acompáñalos en sus peripecias y no olvides que, al final, serás tú quien tenga que decidir qué camino escoger para no quedarnos atrapados y perdidos entre la niebla.

Nando López

Niebla

Miguel de Unamuno

Prólogo

Se empeña don Miguel de Unamuno en que ponga yo¹ un prólogo a este su libro en que se relata la tan lamentable historia de mi buen amigo Augusto Pérez y su misteriosa muerte, y yo no puedo menos sino escribirlo, porque los deseos del señor Unamuno son para mí mandatos, en la más genuina acepción de este vocablo. Sin haber yo llegado al extremo de escepticismo hamletiano² de mi pobre amigo Pérez, que llegó hasta a dudar de su propia existencia, estoy por lo menos firmemente persuadido de que carezco de eso que los psicólogos llaman libre albedrío³, aunque para mi consuelo creo también que tampoco goza don Miguel de él.

Parecerá acaso extraño a alguno de nuestros lectores que sea yo, un perfecto desconocido en la república de las letras españolas, quien prologue un libro de don

1. El autor del prólogo es Víctor Goti, uno de los personajes de la novela.

2. Este adjetivo hace referencia a Hamlet, el protagonista de la obra homónima de William Shakespeare (1564-1616), prototipo de la duda.

3. Es decir, carece de capacidad para actuar y decidir libremente. De esta forma, el prologuista indica irónicamente que su voluntad depende de otra persona (en este caso de su autor, Miguel de Unamuno).

pernicioso, sa
gravemente
dañoso y
perjudicial

Miguel, que es ya ventajosamente conocido en ella, cuando la costumbre es que sean los escritores más conocidos los que hagan en los prólogos la presentación de aquellos otros que lo sean menos. Pero es que nos hemos puesto de acuerdo don Miguel y yo para alterar esta perniciosa costumbre, invirtiendo los términos, y que sea el desconocido el que al conocido presente. Porque en rigor los libros más se compran por el cuerpo del texto que no por el prólogo, y es natural por lo tanto que cuando un joven principiante como yo desee darse a conocer, en vez de pedir a un veterano de las letras que le escriba un prólogo de presentación, debe rogarle que le permita ponérselo a una de sus obras. Y esto es a la vez resolver uno de los problemas de ese eterno pleito de los jóvenes y los viejos.

Únenme, además, no pocos lazos con don Miguel de Unamuno. Aparte de que este señor saca a relucir en este libro, sea novela o *nivola*⁴ —y conste que esto de la *nivola* es invención mía—, no pocos dichos y conversaciones que con el malogrado Augusto Pérez tuve, y que narra también en ella la historia del nacimiento de mi tardío hijo Victorcito, parece que tengo algún lejano parentesco con don Miguel, ya que mi apellido es el de uno de sus antepasados, según doctísimas investigaciones genealógicas de mi amigo Antolín S. Paparrigópulos⁵, tan conocido en el mundo de la erudición.

4. Unamuno utiliza este neologismo (véase pág. 150) para referirse a sus creaciones, dejando claro así su alejamiento de los rasgos propios de la novela convencional.

5. Personaje caricaturesco cuyas teorías se exponen en el capítulo XXIII y con el que Unamuno parodiaría al erudito e historiador español Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), cuyas ideas rechazaba. Puede que el autor tomara el apellido del historiador griego Konstantinos Paparrigopoulos (1815-1891).

Yo no puedo prever ni la acojida⁶ que esta *nivola* obtendrá de parte del público que lee a don Miguel, ni cómo se la tomarán a este. Hace algún tiempo que vengo siguiendo con alguna atención la lucha que don Miguel ha entablado con la ingenuidad pública, y estoy verdaderamente asombrado de lo profunda y cándida que es esta. Con ocasión de sus artículos en el *Mundo Gráfico*⁷ y en alguna otra publicación análoga, ha recibido don Miguel algunas cartas y recortes de periódicos de provincias que ponen de manifiesto los tesoros de candidez ingenua y de simplicidad palomina que todavía se conservan en nuestro pueblo. Una vez comentan aquella su frase de que el Sr. Cervantes (don Miguel) no carecía de algún ingenio, y parece se escandalizan de la irreverencia⁸; otra se enternecen por esas sus melancólicas reflexiones sobre la caída de las hojas; ya se entusiasman por el grito ¡guerra a la guerra⁹! que le arrancó el dolor de ver que los hombres se mueren aunque no los maten; ya reproducen aquel puñado de verdades no paradójicas que publicó después de haberlas recojido por todos los cafés, círculos y cotarrillos, donde andaban podridas de puro manoseadas y hediendo a ramplonería ambiente, por lo que las reconocieron

cotarrillo
diminutivo de *cotarro*, reunión de personas

ramplonería
cualidad de ramplón (vulgar, chabacano)

6. Se respeta en nuestra edición el criterio lingüístico de Unamuno, que defendía una ortografía simplificada y fonética. El autor unifica las grafías *g* y *j* y emplea únicamente la *j* para el fonema velar sordo. Este es el motivo por el que todas las formas de los verbos *coger* y *recoger* aparecen con *j* en el texto.

7. Revista ilustrada que se publicó en Madrid entre 1911 y 1938.

8. Unamuno se declaraba más «quijotista» que «cervantista», colocando a Miguel de Cervantes (1547-1616) por debajo de sus personajes y achacándole debilidad de ingenio, es decir, de facultades creadoras.

9. El artículo *¡Guerra a la guerra!* fue publicado en *Mundo Gráfico* el 11 de diciembre de 1912.

logómaco
persona que
practica la
logomaquia,
es decir,
aquella
discusión en
que se atiende
a las palabras
y no al fondo
del asunto

me encocoran
me fastidian,
me molestan
con exceso

bastardilla
tipo de letra
inclinada
hacia la
derecha

pantomima
representación
realizada
por medio
de gestos y
movimientos
sin emplear
palabras

como tuyas los que las reprodujeron, y hasta ha habido palomilla sin hiel¹⁰ que se ha indignado de que este logómaco de don Miguel escriba algunas veces Kultura con K mayúscula y después de atribuirse habilidad para inventar amenidades reconozca ser incapaz de producir colmos¹¹ y juegos de palabras, pues sabido es que para este público ingenuo el ingenio y la amenidad se reducen a eso: a los colmos y los juegos de palabras.

Y menos mal que ese ingenio público no parece haberse dado cuenta de alguna otra de las diabluras de don Miguel, a quien a menudo le pasa lo de pasarse de listo, como es aquello de escribir un artículo y luego subrayar al azar unas palabras cualesquiera de él, invirtiendo las cuartillas para no poder fijarse en cuáles lo hacía. Cuando me lo contó le pregunté por qué había hecho eso y me dijo: «¡Qué sé yo..., por buen humor! ¡Por hacer una pirueta! Y además porque me encocoran y ponen de mal humor los subrayados y las palabras en bastardilla. Eso es insultar al lector, es llamarle torpe, es decirle: ¡fíjate, hombre, fíjate, que aquí hay intención! Y por eso le recomendaba yo a un señor que escribiese sus artículos todo en bastardilla para que el público se diese cuenta de que eran intencionadísimos desde la primera palabra a la última. Eso no es más que la pantomima de los escritos; querer sustituir en ellos con el gesto lo que no se expresa con el acento y entonación. Y fíjate, amigo Víctor, en los periódicos de la extrema derecha, de eso que llamamos

10. Alusión irónica a los lectores de provincias.
11. Se refiere a los chistes que siempre comienzan con esta fórmula: «¿Cuál es el colmo de...?».

integrismo¹², y verás cómo abusan de la bastardilla, de la versalita, de las mayúsculas, de las admiraciones y de todos los recursos tipográficos. ¡Pantomima, pantomima, pantomima! Tal es la simplicidad de sus medios de expresión, o más bien tal es la conciencia que tienen de la ingenua simplicidad de sus lectores. Y hay que acabar con esta ingenuidad».

Otras veces le he oído sostener a don Miguel que eso que se llama por ahí humorismo, el legítimo, ni ha prendido en España apenas, ni es fácil que en ella prenda en mucho tiempo. Los que aquí se llaman humoristas, dice, son satíricos unas veces y otras irónicos, cuando no puramente festivos. Llamar humorista a Taboada¹³, verbigracia, es abusar del término. Y no hay nada menos humorístico que la sátira áspera, pero clara y transparente, de Quevedo¹⁴, en la que se ve el sermón en seguida. Como humorista no hemos tenido más que a Cervantes, y si este levantara la cabeza, ¡cómo había de reírse —me decía don Miguel— de los que se indignaron de que yo le reconociese algún ingenio, y, sobre todo, cómo se reiría de los ingenuos que han tomado en serio alguna de sus más sutiles tomaduras de pelo! Porque es indudable que entraba en la burla —burla muy en serio— que de los libros de caballerías hacía el remedar el estilo de estos,

12. Partido político de finales del siglo XIX que propugnaba el mantenimiento de la integridad de la tradición española.

13. Luis Taboada (1848-1906) fue un periodista español famoso por sus artículos humorísticos y satíricos.

14. Francisco de Quevedo (1580-1645), uno de los autores más destacados de la literatura española, alcanzó notoriedad con su obra satírica, donde denunciaba en tono jocosos los vicios y comportamientos de la época.

versalita
letra
mayúscula
igual en
tamaño a la
minúscula de
la misma clase

humorismo
modo de
presentar,
enjuiciar o
comentar
la realidad,
resaltando el
lado cómico,
risueño o
ridículo de las
cosas

verbigracia
por ejemplo

remedar
imitar algo,
hacerlo
semejante a
otra cosa

modismo
expresión
fija de una
lengua, cuyo
significado no
se deduce de
las palabras
que la forman

y aquello de «no bien el rubicundo Febo, etc.» que como modelo de estilo presentan algunos ingenuos cervantistas no pasa de ser una graciosa caricatura del barroquismo literario. Y no digamos nada de aquello de tomar por un modismo lo de «la del alba sería» con que empieza un capítulo cuando el anterior acaba con la palabra *hora*¹⁵.

Nuestro público, como todo público poco culto, es naturalmente receloso, lo mismo que lo es nuestro pueblo. Aquí nadie quiere que le tomen el pelo, ni hacer el primo¹⁶, ni que se queden con él, y así, en cuanto alguien le habla quiere saber desde luego a qué atenerse y si lo hace en broma o en serio. Dudo que en otro pueblo alguno moleste tanto el que se mezclen las burlas con las veras¹⁷, y en cuanto a eso de que no se sepa bien si una cosa va o no en serio, ¿quién de nosotros lo soporta? Y es mucho más difícil que un receloso español de término medio se dé cuenta de que una cosa está dicha en serio y en broma a la vez, de veras y de burlas, y bajo el mismo respecto.

respecto
razón,
relación o
proporción
de algo a otra
cosa
bufo
cómico
cercano a lo
grotesco o a lo
grosero

Don Miguel tiene la preocupación del bufo trágico y me ha dicho más de una vez que no quisiera morir sin haber escrito una bufonada trágica o una tragedia bufa, pero no en que lo bufo o grotesco y lo trágico estén mezclados o yuxtapuestos, sino fundidos y confundidos en uno. Y como yo le hiciese observar que eso no es sino el más desenfrenado romanticismo, me contestó: «No lo

15. Utilizando citas más o menos literales del *Quijote*, el autor del prólogo crítica que, en ocasiones, se haya tomado como modelo estilístico las imitaciones paródicas que Cervantes hizo del lenguaje de los libros de caballerías.

16. *hacer el primo*: locución verbal coloquial, «dejarse engañar fácilmente».

17. *mezclen las burlas con las veras*: «introduzcan en algún escrito o conversación cosas jocosas y serias al mismo tiempo o digan en tono de chanza algunas verdades».

niego, pero con poner motes a las cosas no se resuelve nada. A pesar de mis más de veinte años de profesar la enseñanza de los clásicos, el clasicismo que se opone al romanticismo no me ha entrado. Dicen que lo helénico es distinguir, definir, separar; pues lo mío es indefinir, confundir».

helénico
perteneciente o relativo a Grecia o a los griegos

Y en el fondo de esto no es más que una concepción, o mejor aún que concepción, un sentimiento de la vida que no me atrevo a llamar pesimista porque sé que esta palabra no le gusta a don Miguel. Es su idea fija, monomaniaca, de que si su alma no es inmortal y no lo son las almas de los demás hombres y aun de todas las cosas, e inmortales en el sentido mismo en que las creían ser los ingenuos católicos de la Edad Media, entonces, si no es así, nada vale nada ni hay esfuerzo que merezca la pena. Y de aquí la doctrina del tedio de Leopardi¹⁸ después que pereció su engaño extremo,

monomaniaco, ca
que padece locura o delirio parcial sobre una sola idea o un solo orden de ideas

*ch'io eterno mi credea*¹⁹

de creerse eterno. Y esto explica que tres de los autores más favoritos de don Miguel sean Senancour²⁰, Quental²¹ y Leopardi.

18. Giacomo Leopardi (1798-1837) fue un poeta romántico italiano, autor de obras de carácter pesimista y melancólico.

19. En italiano, «que yo me creía eterno». Se trata de un verso perteneciente al poema *A se stesso* (*A sí mismo*), de Leopardi.

20. Étienne Pivert de Senancour (1770-1846) fue un escritor francés, autor de la novela autobiográfica *Obermann*.

21. Antero de Quental (1842-1891) fue un poeta portugués, en cuya obra mostró preocupaciones existenciales.

Pero este adusto y áspero humorismo confusionista, además de herir la recelosidad de nuestras gentes, que quieren saber desde que uno se dirige a ellas a qué atenerse, molesta a no pocos. Quieren reírse, pero es para hacer mejor la digestión y para distraer las penas, no para devolver lo que indebidamente se hubiesen tragado y que puede indigestárseles, ni mucho menos para digerir las penas. Y don Miguel se empeña en que si se ha de hacer reír a las gentes, debe ser no para que con las contracciones del diafragma ayuden a la digestión, sino para que vomiten lo que hubieren engullido, pues se ve más claro el sentido de la vida y del universo con el estómago vacío de golosinas y excesivos manjares. Y no admite eso de la ironía sin hiel ni del humorismo discreto, pues dice que donde no hay alguna hiel no hay ironía y que la discreción está reñida con el humorismo, o, como él se complace en llamarle: malhumorismo.

Todo lo cual le lleva a una tarea muy desagradable y poco agradecida, de la que dice que no es sino un masaje de la ingenuidad pública, a ver si el ingenio colectivo de nuestro pueblo se va agilizando y sutilizando poco a poco. Porque le saca de sus casillas el que digan que nuestro pueblo, sobre todo el meridional, es ingenioso. «Pueblo que se recrea en las corridas de toros y halla variedad y amenidad en ese espectáculo sencillísimo está juzgado en cuanto a mentalidad», dice. Y agrega que no puede haber mentalidad más simple y más córnea que la de un aficionado. ¡Vaya usted con paradojas más o menos humorísticas al que acaba de entusiasmarse con una estocada

córneo, a
de *cuerno*,
aquí utilizado
con el
significado
de «duro,
bruto, poco
inteligente»

de Vicente Pastor²²! Y abomina del género festivo de los revisteros de toros, sacerdotes del juego de vocablos y de toda la bazofia del ingenio de puchero²³.

Si a esto se añade los juegos de conceptos metafísicos en que se complace, se comprenderá que haya muchas gentes que se aparten con disgusto de su lectura, los unos porque tales cosas les levantan dolor de cabeza, y los otros porque, atentos a lo de que *sancta sancte tractanda sunt*, lo santo ha de tratarse santamente, estiman que esos conceptos no deben dar materia para burlas y juguetos. Mas él dice a esto que no sabe por qué han de pretender que se trate en serio ciertas cosas los hijos espirituales de quienes se burlaron de las más santas, es decir, de las más consoladoras creencias y esperanzas de sus hermanos. Si ha habido quien se ha burlado de Dios, ¿por qué no hemos de burlarnos de la Razón, de la Ciencia y hasta de la Verdad? Y si nos han arrebatado nuestra más cara y más íntima esperanza vital, ¿por qué no hemos de confundirlo todo para matar el tiempo y la eternidad y para vengarnos?

Fácil es también que salga diciendo alguno que hay en este libro pasajes escabrosos, o, si se quiere, pornográficos; pero ya don Miguel ha tenido buen cuidado de hacerme decir a mí algo al respecto en el curso de esta *nivola*. Y está dispuesto a protestar de esa imputación y a sostener que las crudezas que aquí puedan hallarse ni llevan intención de halagar apetitos de la carne pecadora,

22. Vicente Pastor (1879-1966) fue un torero de la época.

23. Es decir, «crudo, vulgar, primitivo».

ni tienen otro objeto que ser punto de arranque imaginativo para otras consideraciones.

Su repulsión a toda forma de pornografía es bien conocida de cuantos le conocen. Y no solo por las corrientes razones morales, sino porque estima que la preocupación libidinosa es lo que más estraga la inteligencia. Los escritores pornográficos, o simplemente eróticos, le parecen los menos inteligentes, los más pobres de ingenio, los más tontos, en fin. Le he oído decir que de los tres vicios de la clásica terna de ellos: las mujeres, el juego y el vino, los dos primeros estropean más la mente que el tercero. Y conste que don Miguel no bebe más que agua. «A un borracho se le puede hablar —me decía una vez— y hasta dice cosas, pero ¿quién resiste la conversación de un jugador o un mujeriego? No hay por debajo de ella sino la de un aficionado a toros, colmo y copete de la estupidez».

No me extraña a mí, por otra parte, este consorcio de lo erótico con lo metafísico, pues creo saber que nuestros pueblos empezaron siendo, como sus literaturas nos lo muestran, guerreros y religiosos para pasar más tarde a eróticos y metafísicos. El culto a la mujer coincidió con el culto a las sutilezas conceptistas²⁴. En el albor espiritual de nuestros pueblos, en efecto, en la Edad Media, la sociedad bárbara sentía la exaltación religiosa y aun mística y la guerrera —la espalda lleva cruz en el puño—; pero la mujer ocupaba muy poco y muy

24. El conceptismo fue un estilo literario del Barroco español caracterizado por su concisión y el empleo de conceptos o agudezas. Su máximo representante fue Quevedo.

libidinoso, sa
lujurioso
estraga
daña física o
moralmente

copete
aquí, punto
más alto de
algo

albor
comienzo o
principio de
algo

secundario lugar en su imaginación, y las ideas estrictamente filosóficas dormitaban, envueltas en teología, en los claustros conventuales. Lo erótico y lo metafísico se desarrollan a la par. La religión es guerrera, la metafísica es erótica o voluptuosa.

Es la religiosidad lo que hace al hombre ser belicoso o combativo, o bien es la combatividad la que le hace religioso, y por otro lado es el instinto metafísico, la curiosidad de saber lo que no nos importa, el pecado original, en fin, lo que le hace sensual al hombre, o bien es la sensualidad la que, como a Eva, le despierta el instinto metafísico, el ansia de conocer la ciencia del bien y del mal²⁵. Y luego hay la mística, una metafísica de la religión que nace de la sensualidad de la combatividad.

Bien sabía esto aquella cortesana ateniense, Teodota, de que Jenofonte²⁶ nos cuenta en sus *Recuerdos* la conversación que con Sócrates²⁷ tuvo, y que proponía al filósofo, encantada de su modo de investigar, o más de partear la verdad²⁸, que se convirtiera en celestino²⁹ de ella

25. Alusión al árbol de la ciencia del bien y del mal, que se menciona en el *Génesis*, el primer libro de la Biblia. Dios prohibió a Adán y Eva comer de sus frutos, pero ambos le desobedecieron y cometieron el llamado *pecado original*.

26. Jenofonte (430-355 a. C.) fue un historiador ateniense, discípulo de Sócrates.

27. Sócrates (469-399 a. C.) fue uno de los filósofos griegos más relevantes. La mayor parte de sus ideas han llegado hasta nosotros gracias a los escritos de Platón (427-347 a. C.) y Jenofonte.

28. Es decir, «alumbrar, dar a luz la verdad». El método filosófico de Sócrates consistía en mantener largas conversaciones, casi interrogatorios, con la gente común, para que estos descubrieran por sí mismos la verdad. El filósofo comparaba la función de estos diálogos con el oficio de comadrona que ejerció su madre (de ahí que unas líneas más abajo el prologuista le denomine *filósofo partero*).

29. «Alcahuete, persona que concierta, encubre o facilita una relación amorosa, generalmente ilícita». El término procede de *La Celestina*, la célebre obra de Fernando de Rojas (c. 1470-1541).

y le ayudase a cazar amigos. (*Synthérates*³⁰, con-cazador, dice el texto, según don Miguel, el profesor de griego, que es a quien debo esta interesantísima y tan reveladora noticia). Y en toda aquella interesantísima conversación entre Teodota, la cortesana, y Sócrates, el filósofo parte-ro, se ve bien claro el íntimo parentesco que hay entre ambos oficios, y cómo la filosofía es en grande y buena parte lenocinio y el lenocinio es también filosofía.

lenocinio
oficio de
alcahuete

Y si todo esto no es así como digo, no se me negará al menos que es ingenioso, y basta.

No se me oculta, por otra parte, que no estará conforme con esa mi distinción entre religión y belicosidad de un lado y filosofía y erótica de otro mi querido maestro don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón³¹, de quien don Miguel ha dado tan circunstanciada noticia en su novela o *nivola Amor y pedagogía*. Presumo que el ilustre autor del *Ars magna combinatoria*³² establecerá: una religión erótica, una metafísica guerrera y otra erótica, un erotismo religioso y un erotismo metafísico, un belicosismo metafísico y otro religioso, y, por otra parte, una religión metafísica y una metafísica religiosa, un erotismo guerrero y un belicosismo erótico. Lo que hace diez y seis combinaciones binarias. ¡Y no digo nada de las ternarias del género; verbigracia, de una religión metafísico-erótica o de una metafísica guerrero-religiosa! Pero yo no tengo ni el inagotable ingenio combinatorio de don Fulgencio,

30. Compañero de caza.

31. El filósofo Fulgencio Entrambosmares del Aquilón es un personaje caricaturesco que aparece en *Amor y pedagogía*, de Unamuno, una obra en la que el autor ridiculiza la pedagogía que se presenta como científica.

32. Obra de Fulgencio Entrambosmares (ver la nota anterior).

ni menos el ímpetu confusionista e indefinicionista de don Miguel.

Mucho se me ocurre atañadero al inesperado final de este relato y a la versión que en él da don Miguel de la muerte de mi desgraciado amigo Augusto, versión que estimo errónea; pero no es cosa de que me ponga yo ahora aquí a discutir en este prólogo con mi prologado. Pero debo hacer constar en descargo de mi conciencia que estoy profundamente convencido de que Augusto Pérez, cumpliendo el propósito de suicidarse que me comunicó en la última entrevista que con él tuve, se suicidó realmente y de hecho, y no solo idealmente y de deseo. Creo tener pruebas fehacientes en apoyo de mi opinión; tantas y tales pruebas, que deja de ser opinión para llegar a conocimiento.

Y con esto acabo.

Víctor Goti

atañadero
(**atañadero**)
tocante,
perteneciente

fehaciente
que hace fe,
fidedigno